



Análisis. Revista Colombiana de
Humanidades

ISSN: 0120-8454

revistaanalisis@usantotomas.edu.co

Universidad Santo Tomás
Colombia

González de Díaz, Marta
Literatura e Independencia

Análisis. Revista Colombiana de Humanidades, núm. 83, julio-diciembre, 2013, pp. 345-
357

Universidad Santo Tomás
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=515551538006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Literatura e Independencia*

Marta González de Díaz**

Recibido: marzo 5 de 2013 Aprobado: abril 19 de 2013

Resumen

Al abordar el tema “Literatura e independencia” como objeto de reflexión en este escrito, es pertinente dar una mirada y hacer un análisis, así sea somero, de la situación de los ‘ilustrados’ en la Nueva Granada, y del papel que desempeñaron en la conformación cultural de la sociedad neogranadina. Esto nos permitirá examinar la idea de una independencia cultural en lo que respecta a las creaciones literarias, y presentar las figuras de dos grandes escritores que encarnan dos maneras diferentes de asumir el reto de esa independencia: Andrés Bello y Domingo Faustino Sarmiento.

Palabras clave: Virreinato de la Nueva Granada, ilustrados, Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento.

* El texto es un artículo de reflexión que la autora desarrolla en el marco de su trabajo académico sobre la Literatura Latinoamericana del siglo XIX.

** Licenciada en Filología e Idiomas de la Universidad Pedagógica Nacional, Licenciada en Filología Románica de la Universidad de Lovaina (Bélgica), Magister en Evaluación en Educación de la Universidad Santo Tomás (Bogotá). Docente de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Santo Tomás (Bogotá). E-mail: marthagonzalez@usantotomas.edu.co.

Literature and Independence*

Marta González de Díaz**

Abstract

When this article deals with “Literature and Independence”, it is worthy analyzing, even superficially, “the enlightened people” in the New Granada, and their role of cultural shaping of their society. This will allow us to seek the idea of a cultural independence of literature, and to present the figure of two great writers who embody two ways of taking the challenge of that independence: Andrés Bello and Domingo Faustino Sarmiento.

Keywords: Viceroyalty of New Granada, enlightened people, Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento.

* This text is a reflection article where the author develops her academic work on Latin American Literature in the nineteenth century.

** The author holds a Degree in Languages at Universidad Pedagógica, a degree in Romantic Philology at Lovaina University (Belgium), Master in Evaluation at Universidad Santo Tomás (Bogotá). Professor at the Faculty of Philosophy at Universidad Santo Tomás (Bogotá). E-mail: marthagonzalez@usantotomas.edu.co.

Littérature et Indépendance*

Marta González de Díaz**

Résumé

Lorsqu'on aborde le sujet "Littérature et Indépendance" en tant qu'objet de réflexion lors de ce texte, il est pertinent de jeter un coup d'œil et de faire une analyse, même s'il est sommaire, de la situation des 'illustrés' dans la Nouvelle-Grenade et du rôle qu'ils ont eu dans la conformation culturelle de la société néogrenadine. Cela va nous permettre d'examiner l'idée d'une Indépendance culturelle en ce qui concerne les créations littéraires, et présenter les figures de deux grands écrivains qui incarnent deux façons différentes d'assumer le défi de cette indépendance: Andrés Bello et Domingo Faustino Sarmiento.

Mots clés: Vice-royauté de Nouvelle-Grenade, illustrés, Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento.

* Ce texte est un article de réflexion que l'auteur développe dans le cadre de son travail académique sur la littérature Latino-Américaine du XIXe siècle.

** Licenciée en Philologie et langues de l'Université Pedagógica Nacional, Licenciée en Philologie Romaine de l'Université de Louvain (Belgique), Magister en Évaluation en Éducation de l'Université Santo Tomás (Bogotá). Enseignante de la Faculté de Philosophie et lettres de l'Université Santo Tomás (Bogotá). E-mail: marthagonzalez@usantotomas.edu.co.

1. Los ilustrados en la Nueva Granada

El clima intelectual que se vivía en el Virreinato al terminar el siglo XVIII y en los albores del siglo XIX propiciará los grandes cambios que llevarán a la independencia y a la creación de las nuevas repúblicas. En palabras de José María Vergara y Vergara: “El espíritu no trae, desde el principio de su desarrollo en Nueva Granada, otra tendencia que la de buscarse vida propia”; la Revolución de 1810 “se empieza a oír desde 1760, al principio sorda y lejana, poco a poco más cercana y resonante” (citado por Silva, 19). Nos situamos en los albores del s. XIX. El año de 1808 constituye un momento crucial en la historia del Virreinato. Es precisamente en este año cuando se produce en España la crisis de la Monarquía. A partir de esa fecha y hasta 1820, se da una evolución en el pensamiento criollo que va adquiriendo el perfil propio del movimiento ilustrado. La idea que hace camino se funda en el hecho de que un grupo de intelectuales, con visiones ‘modernas’ y que van tomando conciencia del papel que deberían desempeñar frente a la Corona, comienzan a surgir y a presentarse como forjadores de una sociedad que se orientará hacia nuevas formas de gobierno.

Si bien es cierto que los cambios producidos fueron el resultado de un movimiento independentista de reforma de la sociedad, e incluso, como lo plantea Renán Silva, “un proyecto civilizatorio” (18) destinado a producir una sociedad ‘moderna’ –si acaso este término resulta adecuado– que permitiera salir de los viejos esquemas coloniales de carácter feudal, mantenidos vigorosamente por la monarquía española, también es preciso anotar que estos cambios se dieron en el marco histórico-social de la ‘nobleza’ neogranadina heredera de las ideas de la Ilustración. Ahora bien, la realización de este proyecto debía contar con el apoyo de una clase destacada por sus méritos académicos para llevar adelante la transformación anhelada. Los cambios a los cuales estaba expuesta la nueva visión de la sociedad neogranadina no estuvieron exentos de agudos rechazos por parte de una porción importante del pueblo que, acomodado ya a un *status* de vida, así fuera precario, prefería mantener esta situación y no exponerse a las novedades. A pesar de que tales cambios anunciaban mejoras en salud y en calidad de vida, así como en las condiciones económicas y educativas, nada permitía asegurar que tales proyectos, apenas hipotéticos, fueran a tener éxito.

Cabe aclarar que la población neogranadina, compuesta por una diversidad de razas con actitudes opuestas entre sí, era señaladamente heterogénea, y por ello mismo presa de frecuentes conflictos. De ahí que la dominación española se viera confrontada con crecientes dificultades para su ejercicio, a lo cual se sumaban las precarias formas de comunicación que entraban en la articulación del poder. Sin embargo, frente a la dominación española, pocas estrategias sociales y políticas pudieron utilizar los hombres nacidos en estos territorios para defender sus derechos. Esta población no conformaba un núcleo homogéneo que permitiera hablar de identidad nacional. Por ello las alternativas de gobierno debían tener en cuenta esta amalgama de etnias que en su devenir histórico se habían conformado como un tejido de múltiples colores, y que, por

su heterogeneidad, exigía un tratamiento diferenciado. Esta visión, que se recompone a su vez en variadas visiones de mundo, es el escenario que se nos ofrece al iniciar el s. XIX, y de ahí que, al tiempo que proporciona miradas novedosas y de alcances inesperados, también se vislumbra como una profunda inquietud nostálgica, debido a los desequilibrios sociales mantenidos desde la colonia, y que habrán de profundizarse con el paso de una cultura asentada en el pasado y en formas ancestrales, hacia una cultura nueva, llena de interrogantes, y por ende inestable y misteriosa. El panorama que caracteriza los inicios del siglo XIX está signado por la incertidumbre entre un tiempo que avanza históricamente hacia un futuro impredecible e irremediable, y un pasado que ofrece certezas, pero que se niega a salir de su estancamiento, y sin capacidad de reacción frente a los embates renovadores de los nuevos tiempos.

Esta serie de transformaciones, emprendidas ya desde el s. XVIII y promovidas por los Borbones, se va a materializar en las colonias en el ideal de una administración eficiente, científica y centralizada. Los intendentes, categoría heredada del sistema francés, debían reportar directamente al rey, cuyo principal objetivo era aumentar los ingresos de la Corona mediante la recaudación de impuestos. Las tensiones que suscitaron estas medidas inequitativas verán sus consecuencias cuando los movimientos independentistas fragüen sus anhelos libertarios, y se divulguen a la luz pública la serie de tributos a la Corona que no eran conocidos por una gran mayoría del pueblo. Esos gravámenes, así como las restricciones comerciales en perjuicio del desarrollo de la agricultura y la industria, fueron motivos suficientes para acelerar el descontento latente en la población. El tráfico comercial en Hispanoamérica y el contrabando que se ejercía entre las colonias y los mercados europeos, estuvieron acompañados por una corriente de nuevas ideas provenientes de Europa, y sobre todo de Francia. Su aparición tardía en los territorios hispanoamericanos creó una serie de movimientos intelectuales de carácter renovador acerca de la configuración de la sociedad y del Estado, y cuestionó agudamente el sistema colonial. Estas ideas libertarias, que llegaron a América como fruto de las revoluciones norteamericana y francesa, se difundieron vertiginosamente en estas latitudes. La lectura de Voltaire, Montesquieu y Rousseau encendió el espíritu de los ilustrados, y produjo el impacto de la palabra escrita en los líderes americanos.

El efecto producido en el Nuevo Reino de Granada por el movimiento ilustrado respecto a las ideologías y a los cambios económicos, experimentará transformaciones significativas en el ámbito cultural. A finales de s. XVIII la vida cultural del Nuevo Reino de Granada se animará con la presencia de los jóvenes que, formados en universidades europeas, tendrán una participación destacada en la creación de centros culturales. En Quito, por ejemplo, aparecen las sociedades de amigos del país en 1792, al igual que en La Habana un año después. Los periódicos que empiezan a publicarse por esta época dan cuenta del enorme intercambio comercial que florecía entre las distintas ciudades americanas y las grandes capitales europeas. Si bien es cierto que el ritmo del comercio era creciente, también el mercado literario se enriquecía con las obras de los pensadores franceses e ingleses que empezaban a circular entre la clase intelectual.

Así pues, el proyecto ilustrado iba adquiriendo proporciones inimaginables, que ya escapaban al control de la Monarquía. Las élites ilustradas, conscientes del papel que les correspondía en la preparación de las gestas patrióticas que ya se anunciaban, fueron asumiendo una actitud cada vez más dinámica para responder a los retos que les aguardaban.

La vida cultural que se respiraba, tanto en el Virreinato de Nueva España, como en los Virreinos de Nueva Granada y del Perú, se fue nutriendo cada vez más de los ideales libertarios que inspiraron la independencia de Norteamérica y la Revolución francesa. Tanto las artes pictóricas como la escultura se iluminaron con la presencia de connotados artistas, que desarrollaron con gran realismo los temas de carácter religioso característicos del periodo. La pintura del s. XVIII refleja el alto nivel de vida de la clase superior. El aprecio por las manifestaciones pictóricas y la cuidadosa selección de los pintores en sus talleres, formaron un grupo de verdaderos creadores dedicados al cultivo de este arte que empezaba a manifestarse y a dar sus primeros frutos. Los pintores y escultores neogranadinos habían recibido el influjo de las escuelas españolas, manifestado en los temas, en el color y en la presentación de los personajes. La producción, con un marcado acento religioso, traduce las inquietudes provenientes de la Península, que invitaba a los pueblos de ultramar a seguir las huellas de los pintores que se habían dedicado a plasmar con acendrado misticismo el sentido cristiano en sus obras de arte.

Respecto a la pintura, es preciso insistir, por otra parte, en la labor cumplida por los científicos de la expedición botánica dirigida por José Celestino Mutis (1732-1808). Estos investigadores se dedicaron con gran esmero a pintar en detalle la flora de la región andina y en general del territorio que hoy es Colombia, cumpliendo así con el propósito de dejar plasmada artísticamente la naturaleza exótica de la región.

Ahora bien, si esto ocurría en el ambiente artístico y científico, el escenario cultural y literario, por su parte, se vio animado con la presencia de destacados escritores y periodistas, como el quiteño Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo (1747-95) y el mexicano Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827). En el caso de la Nueva Granada, la figura de José Celestino Mutis logró aunar, a su desempeño como investigador, las dotes de escritor y periodista. La originalidad de estas obras consiste en la observación directa de la realidad y el espíritu crítico de sus autores.

El ambiente cultural que se vivió a finales del s. XVIII, en razón del despliegue económico y cultural de procedencia europea, sirvió como telón de fondo para la formulación de lo que Pedro Henríquez Ureña, en *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, ha denominado "La declaración de la independencia intelectual" (98). En su escrito, el autor anota que, "bajo la aparente inmovilidad del sistema colonial, había en la América hispánica una anarquía latente" (*Ibd.*). Esta

insatisfacción, producida por las imposiciones de la Corona en materia económica y educativa, se traducirá en la literatura en un ferviente deseo de alentar una forma propia de expresión nacida del anhelo manifiesto de dar a conocer lo auténticamente criollo, y del orgullo por la tierra. Otorgar primacía al paisaje exótico, a la flora y a la fauna, que eran nuestros distintivos más originales, es, para Henríquez Ureña, una de las manifestaciones que permiten reconocer la originalidad de las creaciones literarias del continente. Este propósito se hace explícito por primera vez en la *Alocución a la poesía* de Andrés Bello, la primera de sus dos silvas americanas.

A ello se añade, como forma del llamado 'criollismo', la descripción de las figuras humanas propias de nuestro continente. Por una parte los indígenas, con sus costumbres y sus expresiones culturales extrañas a las europeas, y por otra el 'criollo' propiamente tal, con sus características y sus formas de vida. "El movimiento criollista –dice Henríquez Ureña– ha existido en toda la América española con intermitencias, y ha aspirado a recoger las manifestaciones de la vida popular, urbana y campestre, con natural preferencia por el campo" (Henríquez, p. 53). Una expresión literaria que fuera capaz de dar a conocer lo propio de estas tierras, de mostrar lo exuberante del paisaje, pero, por encima de todo, de descubrir el alma del hombre americano, expuesto unas veces a la rigurosidad de las pampas argentinas, otras veces confundido en las selvas amazónicas y las más de las veces agobiado por el clima impenitente de las montañas andinas, es lo que va a marcar el matiz de originalidad en las creaciones literarias. Este rasgo propio de la escritura solo puede resultar de un esfuerzo verdadero y de una comunión con el entorno capaz de brindar al hombre americano motivos de inspiración.

A estos dos elementos, el de la naturaleza y el del hombre americano, cabe añadir, como lo hace Henríquez Ureña, un tercer elemento que presenta así: "Existe otro americanismo, que evita al indígena, y evita el criollismo pintoresco, y evita el puente intermedio de la era colonial (...): su precepto único es ceñirse siempre al Nuevo Mundo en los temas, así en la poesía como en la novela y el drama, así en la crítica como en la historia" (*Id* 54). Se trata, entonces, no de la descripción de elementos autóctonos, sino de la elaboración de problemas y de situaciones que caracterizan a nuestros países, a sus costumbres y avatares socio-políticos.

Cabe señalar que esta idea de una "independencia intelectual" de América Latina, paralela a su independencia política, ha sido claramente cuestionada por Juan Guillermo Gómez en un artículo reciente titulado *Marginalia. La independencia literaria en Hispanoamérica*, con argumentos que, si bien no defienden una posición europeizante, señalan que los intentos de liberación literaria con respecto a Europa no parecen haber llegado más allá de los meros propósitos. Esta controversia, por demás interesante, esperamos poder analizarla en otra ocasión. Por el momento, centraremos nuestra atención en dos de las figuras que representan la voluntad de independencia bajo formas claramente diferenciadas.

2. Andrés Bello (1781-1865)

Al hablar de Andrés Bello, es obligatoria la referencia al movimiento romántico, en cuyas fuentes bebió el escritor venezolano, y en donde encontró motivos suficientes para nutrir su producción poética. Como lo expresa José Luis Martínez, además de las circunstancias históricas de la emancipación,

[...] debe considerarse, con no menor importancia, el movimiento romántico que hacia estos años se introduce en Hispanoamérica. Emancipación y romanticismo eran, en efecto, corrientes paralelas y parecían alimentarse mutuamente. Ambas participaban de las mismas ideas de libertad y del mismo deseo de incrementar las peculiaridades distintivas de los pueblos (94).

La aparición del romanticismo estuvo precedida por el largo trasegar del s. XVIII, que reclamaba ya, luego de su florecimiento intelectual nacido de los avatares políticos y de los acontecimientos culturales y religiosos, el paso obligado hacia una expresión literaria que fuera capaz de dar cuenta de los cambios ocurridos como consecuencia de la independencia recién adquirida. Estos cambios debían expresar con novedad el espíritu de libertad que estaba llegando, joven, vigoroso y lleno de optimismo. Los augurios prometedores se ofrecían a manos llenas. La patria necesitaba el empuje renovador y, aunque sin el equipaje necesario para emprender la tarea, los aires llegados de Europa animaban a emprender el viaje. Mucha tinta ha corrido a propósito del tema de la 'independencia cultural', y mucha más a propósito del movimiento romántico que se introduce en Hispanoamérica.

Las tendencias expresadas en los diversos países apuntan casi siempre a manifestar, dentro del modelo romántico, preferencias por los autores franceses. Víctor Hugo (1802-1885) es uno de los más queridos. Su honda raigambre cristiana se pone de presente en su poesía. En ella concurren las figuras vibrantes y de contrastes que caracterizan su producción lírica. La lectura de Víctor Hugo en Hispanoamérica es un referente obligado, y muchos de los grandes poetas del XIX se aplicaron a la traducción e imitación de su poesía. También es frecuente la lectura de Lord Byron (1788-1824). Tanto franceses como ingleses se disputan las preferencias de nuestros escritores, sin olvidar los poetas alemanes Goethe (1749-1832) y Schiller (1759-1805). Los españoles, Espronceda (1808-1842) y Bécquer (1836-1870), encontraron en estas tierras un gran aprecio y aceptación; puesto que la lengua española era una, ella se hizo sentir con fuerza en estas tierras donde encontró una casa poética donde habitar.

Tal como lo esbozamos anteriormente, la búsqueda de la independencia literaria, resultado de la independencia política, va a encontrar condiciones favorables en el movimiento romántico al iniciar el s. XIX. La nueva política servirá de refuerzo a los ideales románticos, ya que en estos las ideas liberales encontrarán formas adecuadas para su expresión escrita, haciendo que confluyan sentimientos patrióticos e ideas sociales.

Don Andrés Bello, y más tarde Esteban Echeverría (1805-1851), se declararán partidarios de asumir una postura frente al manejo de la lengua española que, al tiempo que manifieste las novedades ideológicas propias del momento, dé cabida a las formulaciones lingüísticas y estilísticas apropiadas para dicho pensamiento. En su *Alocución a la poesía*, que formaba parte del proyecto de poema titulado “América”, que nunca llegó a realizarse, el escritor venezolano inicia con la siguiente invocación:

Divina Poesía.
 tú de la soledad habitadora,
 a consultar tus cantos enseñada
 con el silencio de la selva umbría,
 tú a quien la verde gruta fue morada,
 y el eco de los montes compañía,
 tiempo es que dejes ya la culta Europa,
 que tu nativa rustiquez desama,
 y dirijas el vuelo adonde te abre
 el mundo de Colón su grande escena (Bello 20; versos 1-10).

La postura académica de estos escritores fue moderada en unos aspectos y radical en otros, y ello tuvo como consecuencia acalorados enfrentamientos entre los partidarios de una manifestación más clásica (Bello y Echeverría) y otros que, como Domingo Faustino Sarmiento, propugnaban por abrir nuevos cauces y manifestar abiertamente la lengua como acervo popular y expresión de la sociedad, asumiendo incluso el riesgo de su dispersión.

Lo cierto es que en su poesía el maestro venezolano, Don Andrés Bello, “contrariando la tradición neo-clasicista, sostuvo que el gusto estético surgía ‘bajo las formas peculiares de cada país y de cada siglo’ –comenta Harold Alvarado en su introducción a la *Antología poética* del escritor venezolano–. Repudiaba así ‘la autoridad de aquellas leyes convencionales con que se ha querido obligar al ingenio a caminar perpetuamente por los ferrocarriles de la poesía griega y latina’” (Bello, p. 4).

El contenido temático de su poesía se ofrece como modelo de la escritura de la época. La naturaleza, las costumbres y el paisaje conforman un todo de belleza y elegancia clásica. Dos líneas directivas se aprecian en sus *Silvas americanas*, a saber: un gran aprecio por los clásicos latinos, Horacio y Virgilio, y un manejo impecable del idioma que, al tiempo que hace gala de la figura apostrofica en un saludo a la naturaleza – ¡Salve, fecunda zona!, verso inicial de *La agricultura de la zona tórrida* –, se desgrana en una serie de manifestaciones en las que proclama la belleza sin par del paisaje americano (Bello, p. 40). Este poema, de marcado acento romántico, se propone verso a verso hacer el elogio de los productos

de la tierra americana, a imitación de las églogas de Virgilio, donde la vida del campo es el motivo de inspiración y el escenario incomparable para sus efusiones líricas. Se ha hecho notar que en esta silva se percibe con mayor claridad el espíritu latino de Horacio y de Virgilio, el ambiente bucólico, las bondades de la naturaleza y las recompensas espirituales de la tierra para quienes saben aprovechar sus beneficios. Al tiempo que exalta la naturaleza, se descubre en el poeta la nostalgia de la patria. Hay que tener en cuenta que esta producción lírica fue elaborada durante su exilio en Londres, de modo que la añoranza del terruño le imprime a la composición el anhelo del reencuentro con la patria lejana. Esta composición poética es un llamado a los hombres americanos a salir del encierro de las ciudades y a confundirse en un abrazo con la madre naturaleza.

¡Oh! los que afortunados poseedores
habéis nacido de la tierra hermosa,
en que reseña hacer de sus favores,
como para ganaros y atraeros,
quiso Naturaleza bondadosa!
romped el duro encanto
que os tiene entre murallas prisioneros. (...)
¿Amáis la libertad? El campo habita...
(Bello, pp. 43-44, versos 133-139-148).

Durante el período romántico, los poetas decimonónicos adquirieron una fisonomía propia, y se dedicaron a pulir sus versos, alejándose del canon, al enfatizar y dar prioridad al estilo criollo novedoso. Este exceso de cuidado y dedicación al tema hizo que se descuidara la técnica racional del clasicismo. El producto literario que surgió de estos intentos fue muy novedoso, pues a la innovación del lenguaje, salpicado de giros y vocablos propios del suelo americano, se añadía una estética literaria que resonaba armoniosamente por la variedad de figuras conceptuales y formales. Las metáforas, las comparaciones, los oxímorones y sobre todo las contraposiciones se manejaron con agudeza, otorgando así al verso una intensa carga de significación.

3. Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888)

Frente al estilo cuidadoso del escritor venezolano, podemos confrontar la prosa vehemente de Sarmiento, destacado literato y maestro argentino, donde resulta frecuente observar cómo su escritura, de hondo calado social, fluye más rápido que su pensamiento, y en muchas ocasiones la pluma no acata lo que su intelecto reflexiona. Su discurso, hecho al calor de los acontecimientos, debe responder al instante la palabra de sus contradictores, o lanzar afirmaciones en torno a la vida y las prácticas de su país que luego debía revisar.

Poesía, teatro y novela acusan con la mayor claridad las líneas principales de nuestro movimiento romántico –comenta Henríquez Ureña–; y, sin embargo, quien mejor lo encarna no es un poeta, sino un prosista que nunca ensayó el drama ni la novela: Domingo Faustino Sarmiento. (...) tenía el ímpetu romántico pleno, la energía de la imaginación y el apasionado torrente de palabras, junto con vivaz percepción de los hechos y rápido fluir de pensamiento (Henríquez¹, p. 135).

Formado en las filas románticas, había crecido en los medios en donde la apasionada discusión en torno a los problemas sociales, particularmente educativos, eran el pan de cada día. Este pensamiento rondaba su espíritu. Debíó esperar la formación necesaria para poner en práctica su anhelado deseo de servir. Su condición de autodidacta, lejos de apartarlo de los círculos de estudio donde se agitaban los grandes problemas nacionales, lo animó a tener una participación decidida. Su personalidad forjada con disciplina y esfuerzo al lado de su tío, el sacerdote José de Oro, le permitió entrar en contacto con grupos que combinaban su actividad laboral con una formación político social. En su juventud fue un decidido periodista. En *El Zonda*, sus columnas se destacaban por combatir por la libertad y el progreso. Sus posturas ideológicas le ocasionaron el destierro a Chile, pero, como ocurre con frecuencia, los eventos desafortunados se tornan en destinos provechosos. Su viaje a Chile le proporcionó el encuentro con el estadista Manuel Montt (1809-1880), hombre de una gran visión futurista, que le permitió al joven Sarmiento darse a conocer como educador y maestro. La creación de la primera escuela Normal en Chile, en 1842, le dio la satisfacción de ejercer su actividad pedagógica. En adelante se dedicará con vehemencia a la reflexión sobre la manera de brindarle a la Argentina un programa original, cultural y de civilización. Su ideal iba orientado a proporcionar al pueblo, pero en particular al indio y al gaucho, nuevas formas de vida que le dieran bases para el futuro.

En su obra *Facundo*, Sarmiento pone de presente los conflictos a los cuales se vio abocado para confrontar la barbarie de Facundo Quiroga, caudillo gaucho, bárbaro, cruel y despiadado, que destruía todo asomo de civilización por donde pasaba, e infundía temor en los pueblos donde ejercía como amo y señor. El control que logró en su comarca preparó la llegada del dictador Rosas. Sarmiento apuntará hacia él todas sus críticas pugnaces, no sin un cierto sentido de admiración, y verá en Rosas el heredero de Facundo: ambos son caudillos y, según el autor y literato argentino, ambos representan la barbarie que deriva de la naturaleza y la falta de civilización presentes en el campo. Como explica Felipe Pigna: Facundo, “a quien (Sarmiento) odia y admira a la vez, es la excusa para hablar del gaucho, del caudillo del desierto interminable, en fin, de todos los elementos que representan para él el atraso y con los que hay que terminar” (Pigna, p. 263).

Bástenos recordar las palabras con las cuales da inicio a la Introducción de su obra, que muestran muy bien los rasgos de su marcado romanticismo y las características del personaje que va a analizar:

¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo! Tú posees el secreto: ¡revélanoslo! Diez años aún después de tu trágica muerte, el hombre de las ciudades y el gaucho de los llanos argentinos, al tomar diversos senderos en el desierto, decían: ¡No ha muerto! ¡Vive aún! ¡Él vendrá! ¡Cierto! Facundo no ha muerto; está vivo en las tradiciones populares, en la política y revoluciones argentinas; en Rosas, su heredero, su complemento: su alma ha pasado a este otro molde más acabado, más perfecto; y lo que en él era solo instinto, iniciación, tendencia, convirtiéndose en Rosas en sistema, efecto y fin. (Sarmiento, pp. 7-8)

No entraremos a examinar aquí la controversia que confrontó a los dos escritores, Bello y Sarmiento, en torno a la adecuación de la ortografía del español a los usos de los hablantes hispanoamericanos. Mientras que el argentino proponía un cambio significativo en este aspecto, el venezolano, apoyado firmemente por el chileno José Victorino Lastarria (1817-1888), consideraba necesario mantener la unidad de la lengua y aceptar las transformaciones de manera prudente, para conservar la capacidad comunicativa de la misma. Como Bello mismo lo señaló en el discurso inaugural, al recibir la rectoría de la recién creada Universidad de Chile:

[...] demos carta de nacionalidad a todos los caprichos de un extravagante neologismo; y nuestra América reproducirá dentro de poco la confusión de idiomas, dialectos y jergonzas, el caos babilónico de la Edad Media; y diez pueblos perderán uno de los vínculos más poderosos de fraternidad, uno de sus más preciosos instrumentos de correspondencia y comercio (Torrejón, p. 543)

No cabe duda de que el venezolano tenía razón en el cuidado por salvaguardar un instrumento de comunicación tan importante como lo es la lengua, tanto hablada como escrita. Si miramos nuestra historia hasta nuestros días, podríamos decir que ella ha constituido el vínculo más poderoso que se ha mantenido por encima de todos nuestros desencuentros y conflictos de diversa índole. El hecho de que no hayamos sabido aprovechar en toda su magnitud este precioso legado, para profundizar nuestra comunicación y conformar verdaderas comunidades académicas, no disminuye para nada la fuerza de los argumentos de Bello frente a Sarmiento.

Referencias

- Bello, A. (1979). *Obra Literaria*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, No. 50.
- Bello, A. (1990). *Antología poética*. Cali: Fundación para la investigación y la cultura.

- Goic, C. (1990). Historia y crítica de la literatura hispanoamericana. II. Del romanticismo al modernismo. Barcelona: Editorial Crítica.
- Gómez, J. G. "Marginalia. La independencia literaria en Hispanoamérica". En: Ideas y Valores. Bogotá, LIX, No. 144, diciembre 2010, pp. 5-27.
- Henríquez Ureña, P. (1994). Las corrientes literarias en la América Hispánica. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Henríquez Ureña, P. "*El descontento y la promesa*". En: Goic, pp. 52-58.
- Martínez, J. L. (1979). Unidad y diversidad de la literatura latinoamericana. México: Editorial Joaquín Mortiz.
- Pigna, F. (2002). Los mitos de la historia argentina 2. Buenos Aires, Editorial Planeta.
- Sarmiento, Domingo F. F.. Caracas: Biblioteca Ayacucho, N° 12, 1977.
- Silva, R. (2002). Los ilustrados de Nueva Granada 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación. Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit y Banco de la República.
- Torrejón, A. "*Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento y el castellano culto de Chile*". En: THESAURUS, XLIV, 3, 1989, pp. 534-558.